

«Hoy sabemos que el poder es más complejo de lo que creía Marx y que probablemente se acerca más a la concepción del visionario Kafka»

considerado como un dogma por muchos intelectuales durante casi un siglo. Pero hoy sabemos que el poder es mucho más complejo de lo que creía Marx y que probablemente se acerca bastante más a la concepción del visionario Kafka.

El poder, según el escritor de Praga, es indefinible por su complejidad y se asemeja a una fuerza que nos compele a asumir determinadas actitudes, muchas de ellas, inconscientes.

Esta concepción sobrepasa la de aquellos analistas que consideran que el poder reside en el Gobierno, en las instituciones políticas y en los centros de decisiones económicas. Más que nunca, el poder es hoy algo difuso e inconcreto que marca nuestras acciones y omisiones. En cierta forma, el poder es como una realidad virtual que nadie sabe de dónde procede pero que condiciona todos nuestros actos.

En esa naturaleza difusa e intangible reside su mayor peligro. De ahí que resulte mucho más difícil controlar sus excesos. La amenaza totalitaria en los países desarrollados viene precisamente de ese carácter abstracto del poder que empapa como lluvia fina e impone lo políticamente correcto o deseable como si fuera la consecuencia de una voluntad libre y consensuada de los ciudadanos.

El Todo se nos impone en nombre de una entelequia innombrable que oculta un poder que sólo responde ante sí mismo, o sea, ante la nada.

TIEMPO RECOBRADO

13 - 6 - 07

Poder sin rostro

PEDRO G. CUARTANGO



Me gusta mucho releer ciertos libros de los que nunca me canso. Uno de ellos es *El castillo* de Franz Kafka, un brillante ejercicio literario sobre la naturaleza del poder. Kafka habla en esta obra de lo que él llama «la violencia de los flujos imperceptibles», una misteriosa fuerza que sacude a los seres humanos. El agrimensor K., contratado por el señor del Castillo, confiesa que teme a esos flujos que flotan en el ambiente de la fortaleza pero que no puede definir.

La novela se centra en el esfuerzo de K. por ser reconocido como individuo frente a un poder que le ignora. La obra está construida sobre una dualidad: de un lado, el ego del agrimensor; de otro, el Castillo como representación de un orden superior e inaccesible. En un determinado momento, K. diagnostica con absoluta precisión los males del mundo moderno: la lucha del individuo frente a «causas invisibles y remotas», defendidas por autoridades anónimas. Esa pugna es absolutamente desigual.

Las exigencias del agrimensor son sencillamente ignoradas por una burocracia que gobierna la remota aldea, regida por las leyes que dicta el Castillo. Pero nadie puede interpelar siquiera a esa burocracia sin rostro, que elude cualquier contacto con los súbditos.

Nadie puede hablar. Nadie puede ser escuchado. Nadie puede ser entendido. El poder está en todos los sitios y en ninguno. Es ese «flujo imperceptible» que nos lleva a donde no queremos ir.

Marx creía que el poder es la expresión de las relaciones de producción, lo cual fue